

como atontado... Y veía al hijo entre sorprendida y rencorosa porque una vaga intuición dejábala adivinar algo...

—No, nada mamá... Es que me parece una muchacha singular... Tal vez venida a menos... Parece que ha sido algo mejor. Tú misma la elogias...

Y el cínico sintió cómo en aquel momento la revelación, subiéndole en un hálito sincero venido del alma, se le detenía en los labios temerosos y falaces. Vaciló un instante. La verdad llenábale la boca. ¿La diría? ¿No la diría? Y tuvo miedo de hablar.

Y como tuvo miedo de hablar, disculpó su cobardía, buscando un pretexto que nunca asomaba, mientras corría el tiempo y aquella sombra, aquel oprobio, perduraba en su casa. El era el árbitro, sin embargo, nada hacía. Nada decía.

Revolvíase en una impotencia fatal. Entre vagos sentimientos de odio, de asco, de tristeza y de deseo, porque volvió el deseo obsesor e indomeñable... Recordaba la figura gentil y bellísima; la voz musical y doliente; la onda de voluptuosidad que lo envolviera, la noche del regreso, al toparla junto a una puerta...

Y ella lo adivinó todo; lo presintió todo y esquivaba los encuentros. Andaba por la casa quedamente, humildemente, queriendo pasar inadvertida, reducirse, hacerse invisible. Varias veces sorprendióla Juan atisbando su paso para salir ella de algún sitio.

Un antiguo camarada de la juventud le soltó un día con cínica sonrisa: —Ya la vi... Ayer que fuí a buscarte, ella me abrió la puerta... ¿Tú mismo la llevaste? Juan sintió ganas de romperle la crisma al imbécil. Pero, no fué sólo éste. Otros se lo dijeron. Los amigos que sabían la historia. Y Juan pensó que su tolerancia era vergonzosa. Aquello no podía seguir así. Imaginaba la indignación de sus padres, si un día supiesen...

De súbito, una noche, Natalia no fué ya la tímida de siempre. Juan leía en su escritorio, cuando vió abrirse la puerta y penetrar por ella la mujer. Iba palidísima y palpitante. Temblaba como una hoja en el viento... le temblaba hasta la voz; pero sacudió la cabeza en repentina decisión y aquella voz temblona estalló como un gas comprimido; se derramó, como del alveo roto se derrama un torrente. Le dijo, le gimió:

—Perdone que me entro así... Si no le hablo hoy no le hablo nunca... Sólo una palabra, por Dios... Si Ud. supiera qué pena... No tengo vida desde que Ud. vino. No sé por qué no me fuí esa misma noche antes que Ud. se diera cuenta... Pero me iré luego. Se lo prometo... Ya sé qué efecto le hace a Ud. verme en su casa; pero por lo más santo, por sus hermanitas, no le diga nada... no les diga quién soy... Yo me iré cuando tenga un pretexto... Pronto... Si yo no debiera, pero tengo adelantado el salario de seis meses! Dios mío, si hubiera sabido que esta era su casa... qué triste es mi vida... De dos casas me han echado al saberlo... y ahora que me sentía feliz... Siempre mi desgracia! Y una que quiere enmendarse... Pero le ruego que no sepan... Me moriría de vergüenza...

En esto, unos pasos. La voz de Carmen: —Luisa, ¿dónde estás? (aquí se llamaba Luisa),

Y Natalia se desvaneció como una sombra... Quedáronle a Juan en el alma muchas cosas rotas y en el ambiente, un incitante aroma de verbena...

Juan pensaba: Es buena. Se ha regenerado... ¿No él mismo le hablara de regeneración y de una vida honesta en otro tiempo, cuando se abrazaba con ella? ¿Por qué hermetismo absurdo, por qué inhumanos prejuicios arro-

jarla entonces de una casa en que trabajaba y servía honradamente?

Naufragó el último escrúpulo. Pensaba: ¿Y si estuviera enferma? ¿Quedaba ilesa de tantos años de vicio? ¿Y si un virus infectó y arraigó en su carne divina? ¿Y si había algo latente, algo tan sólo escondido por la eficacia de un tratamiento...? Una visión de hospital, de pústulas, de llagas, de cosas sucias y hediondas enturbiábale la mente. Entonces sentía una súbita rebelión contra toda piedad. Imaginaba esas escenas de la vida canalla en la procacidad del meretricio e imaginaba otras escenas: la pérdida, la presunta enferma codeándose, rozándose con dos vírgenes. Qué cosa tremenda! Algo revulsivo le estragó las entrañas. Y se decidió.

—Madre, quiero hablarle de una cosa en reserva.

La madre contuvo hasta los latidos de su corazón para oírlo.

—¿Sabe Ud... la muchacha... Natalia... Se acuerda acuerda que la dije que la conocía?

—¿Bien y qué?

—Que sí la conozco y que no debe estar en casa un día más...

—¿Y por qué?

—Porque... en fin, se lo diré a Ud. todo. Esta muchacha ha sido de mala vida. Estuvo en una casa...

El asombro demudaba el rostro de la madre.

—¿Qué dices? no comprendo... ella, Luisa...?

—Sí, ella.

—Pero ¿Cómo...? ¿Estás seguro...? ¿Cómo lo sabes...?

La vergüenza abrazábale a Juan hasta los cabellos. Sentía sus palabras sucias ante la santidad de la madre.

—¿Cómo lo sabes tú?

—¿Qué quiere Ud.? Soy hombre y estas cosas... Cuando yo era pasante de derecho, todas éstas llegaban al juzgado. Se mantenían en líos... Ahí la conocí hace tiempo. Ahora, al verla, fuí recordando...

—Pero, esto es atroz... ¿Y esa seriedad... Y ese aire tan recatado...?

—Como Ud. quiera. Ella le habrá contado embustes; pero yo estoy seguro y debe sacarla inmediatamente de aquí. Considere Ud., mamá, esta mujer aquí, en mi casa, con mis hermanas...

El asombro hacíase palidez en el rostro de la madre que repetía con voz triste:

—Dios mío, qué vida...

Al instante colmólo el arrepentimiento ¿Por qué lo dijo? ¿Hubo alguna vez hombre tan miserable? ¿No pudo inventar algo, una cosa pueril, alguna futilidad para no publicar una vergüenza... para no remover tantas cosas tristes que empañara la piedad del tiempo? ¿No pudo él mismo decirle: Máchate. Así, sin razones, sin explicaciones...? He aquí que en él brotaba aquel impulso miserable que el hombre lleva latente a toda hora y la había infamado, la había desnudado, la había sumido otra vez... Y entonces, sin saber por qué, Juan pensó en aquellas raicercitas que su bota aplastaba apenas recién brotadas de la tierra y en esas estrellas que tapa una nube cuando empiezan a brillar...

Oyó la voz de la madre, cuando llamó a Natalia. Oyó el ruido de una puerta cerrada con cautela. Oyó una plática sorda, confusa y salpicada de sollozos... Después se abrió la puerta. Acercáronse unos pasos... Era ella que iba a encerrarse en su cuarto. Toda la noche oyóla sollozar, agitarse, moverse abriendo y cerrando gavetas... Y Juan lloró de piedad por ella y por él mismo de desprecio...

Se levantó temprano, presintiendo que Natalia se iría